

Completa esta entrega una entrevista al Dr. Pedro Arana Quiroz sobre un acontecimiento que ha sorprendido a muchos: el triunfo del Ing. Alberto Fujimori en las recientes elecciones presidenciales en el Perú, *con el apoyo masivo de los evangélicos*. Este escrito nos llegó cuando estábamos a punto de completar la etapa editorial de este número. Lo incluimos por considerar que lo sucedido en el Perú es parte de un nuevo fenómeno de trascendental importancia para la vida y misión de las iglesias en nuestro continente y merece la atención inmediata de quienes se interesan en «el desarrollo de un pensamiento evangélico atento a los interrogantes que le plantea la vida en el mundo latinoamericano.» Agradecemos a Carlos Mondragón por su colaboración.

El editor

## Los cristianos frente al totalitarismo político

Humberto Lagos Schuffeneger

### I. Un comentario a título de «pequeña historia»

Quiero contarles de manera coloquial y muy brevemente — desde el corazón conmocionado de un cristiano que eligió la vida, la verdad, la justicia y la libertad como desafíos cotidianos — que cuando se nos propuso sistematizar algunas reflexiones sobre totalitarismos políticos y cristianismo, aceptamos hacerlo, aun sabiendo que los intensos momentos del proceso político chileno nos dejarían pocos espacios para construir el tema con la profundidad que hubiéramos deseado y que, tal vez, ustedes esperaban.

Hemos sido testigos y sujetos contribuyentes en los históricos cambios estructurales que estremecen a Chile, en los cuales demostramos que es posible romper políticamente un régimen con perfiles totalitarios, usando medios compatibles con la vida y la dignidad del pueblo, y que no repitieran el siniestro sendero de la violencia.

Somos muchos los cristianos evangélico-protestantes que asumimos, con una actitud ética persistente, enfrentar al general Pinochet y sus huestes, inspirados en la negación de «divinidad» hecha por Jesús al César, y en la certeza de que los perversos argumentos de muerte esgrimidos por un poder deificado no se corresponden con la autoridad «querida por Dios».

Desde el tráfago de un pueblo esperanzado, y aún sin habituarnos a pasar desde el estadio opositor al de gobierno, llegamos a Buenos Aires con aquello que Dios nos ha regalado en forma abundante: *la libertad para amar la libertad* (adquirimos real conciencia de ella en los momentos de carencia).

### II. Digresiones sobre una «teoría del totalitarismo»

#### 1. Para entender el fenómeno totalitario

Los fenómenos históricos caracterizados como «totalitarios» han permitido desarrollar, o al menos intentarlo, una cierta «teoría del totalitarismo», que en la mayoría de sus analistas contribuyentes postula que los regímenes fascistas — italiano

y/o alemán — y soviético se encuentran en el interior de ella, con similitudes esenciales.

La filosofía política sobre la que se basó la construcción de la experiencia socialista luego de la revolución de octubre, constituyó un cuerpo coherente. Sin embargo, no pasó lo mismo con el fascismo italiano o el nacional socialismo alemán; uno y otro fueron concebidos para conmocionar y subyugar a naciones diferentes y no existía, por ello, ninguna razón especial para que sus elaboraciones teóricas tuvieran similitudes premeditadas. A pesar de ello, ambas variables autoritario-dictatoriales muestran aspectos comunes, como:

- a) las negaciones anti-liberalismo, anti-comunismo y anti-conservadorismo;
- b) un conjunto de sub-ideología (creación de un estado nuevo, organización social corporativa, planes de expansión y defensa de un credo voluntarista);
- c) un sistema de organización (estructuras jurídico-políticas específicas, simbología extrema de la representación política, insistencia en el principio masculino, exaltación de la juventud, y tendencia al mando unipersonal.<sup>1</sup>

Es básico para entender el fenómeno totalitario, desde la perspectiva sociológica, constatar que el *totus* social aparece sometido a la voluntad omnímoda del poder político, que no admite competencia o incidencia en el control ciudadano de ninguna instancia espiritual o material.

## 2. Lo totalitario

Es en la década de los veinte que la palabra «totalitarismo», y sus variantes lingüísticas, emerge aplicada directamente a actores social-políticos.

En Italia lo totalitario se contraponen a lo liberal. Mussolini proclamaba: «nuestra feroz voluntad totalitaria». Las elecciones de 1924 eran calificadas, o descalificadas, por los liberales quienes las motejaban de «totalitarias y liberticidas».<sup>2</sup>

Percibimos que el totalitarismo no es en sí un sistema de gobierno, sino que contiene una especie de concepción del Estado. Para él no es posible distinguir entre Estado y Sociedad, y niega terminantemente esta distinción.

Un gobierno de raíces totalitarias tendrá tendencias de ejercer control absoluto sobre toda organización y actividad, particularmente sobre aquellas con incidencias en la conciencia colectiva e individual, y en las escalas de valores de la sociedad específica (sobre lo económico, lo cultural, lo científico, lo político, lo religioso, etc.).

Los filósofos de la antigüedad propusieron la clásica fórmula: «ser humano sólo es posible en sociedad». Los ideólogos del totalitarismo se la apropiaron pervirtiéndola para beneficiar su propia propuesta de individuos sometidos al poder del Estado, que controla a la sociedad con el propósito de permitir la construcción de

1 Sobre apuntes e intercambios con el Dr. Patricio Quiroga, historiador.

2 Joaquín Fernando, *La noción del totalitarismo*, Ed. Universitaria, Chile, 1980, p. 10.

un desarrollo beneficioso para los individuos, quienes, obviamente, no tienen acceso a pronunciarse sobre el modelo impuesto.

Resulta evidente que los principios articuladores de la experiencia totalitaria pretenden concretar lo totalitario en función del *cambio total* de las estructuras de la sociedad sometida.

## 3. Hecho totalitario y hecho religioso

El conflicto del hecho totalitario con el religioso comienza a palpase vitalmente cuando, en 1931, el Papa Pío XI condenaba al «totalitarismo objetivo», denunciando el riesgo implicado en un poder estatal absoluto que, sobrepasando sus fines propios, asumía ser el dueño de toda la vida social e individual.

Ya en 1926, algunos críticos consideraban al *fascismo* y al *bolchevismo* como sistemas comparables en sus afanes de menoscabar el derecho a la libertad (Luigi Sturzo y Francesco Nitti).

Es también el momento cronológico en que se abre paso, entre algunos teóricos, el afán de promover, defendiéndolo, un *Estado total*, que tiene el fortísimo tinte totalitario y cuyas escaramuzas con el universo simbólico religioso se concretarán en apropiaciones e interpenetraciones sincretistas.<sup>3</sup>

Haciendo una paráfrasis del lema del papado de Juan Pablo II, «Totus Tuus», el lema de lo totalitario sería: «Totus Meus».

## 4. El gran momento histórico (podría leerse «histórico») del totalitarismo como «pensamiento político»

En la década de los treinta emerge la Alemania Nazi. En ese tiempo comienzan las purgas ciudadanas en la Unión Soviética. El 23 de agosto de 1939, estas dos potencias suscriben un pacto que pone de relieve el concepto de totalitarismo, llamando la atención pública masiva y atrayendo sobre sí el interés de los analistas que comienzan a descubrir y describir sus coherencias y características.

Sin embargo, en el plano de la lectura ideológica, y afirmándose en los resultados de la Segunda Guerra Mundial, el concepto «totalitario» es dirigido sólo hacia las potencias fascistas (Alemania e Italia). En el período de posguerra, y al comenzar el tiempo de lo que se ha dado en llamar «guerra fría» (caracterizado en una de sus vertientes por el imperialismo soviético), el concepto «totalitarismo» revitaliza su popularidad y es utilizado, por Occidente, como objetivo para ser derrotado con residencia en URSS y China.

El análisis histórico del *totalitarismo* debe, necesariamente, auxiliarse del método comparativo (comparación). Sociológicamente decimos que el «sentido» de lo totalitario puede ser determinado por referencia a su *inverso* (a su opuesto): el *sistema democrático*. Giovanni Sartori afirma que el *totalitarismo* es una *especie* que pertenece a un *género*: el de las dictaduras, de las cuales, sin dudas, una parte es el *autoritarismo*. Tenemos, entonces, a totalitarismos y autoritarismos como formas modernas de autocracia, en la vida política del siglo XX.



En todo caso, y es necesario advertirlo, para nosotros lo totalitario no interpreta en sí una realidad específica, sino más bien una realidad genérica. Estamos de acuerdo con los estudiosos que analizan la *noción del totalitarismo* como una variable posible, utilizada en perspectiva de desarrollar un determinado tipo de sociedad estatal.

### 5. Mesianismos, totalitarismos y «catástrofe social.»

Cuando entramos al tema de *totalitarismos políticos*, nos apercebimos de que en su revisión crítica se asume una especie de «angustia» del pensamiento político.

Es posible comprender la emergencia de regímenes que se aproximan a un modelo teórico totalitario, como resultado de una percepción catastrófica del acontecer social (Teoría de la catástrofe). Aquí encontramos los *mesianismos milenaristas* de una dominación política que trabaja elementos de tipo carismático, para instaurar su autoridad refiriéndola a la crisis global y «ofreciendo» su intervención como una misión que la superará.<sup>4</sup>

### 6. Símbolo y dinámica totalitaria

El símbolo, entendido como resumen de las verdades esenciales de determinados marcos de valores (entre ellos, y con gran fuerza, el símbolo religioso), en el panorama simbólico «totalizante» del totalitarismo, recupera toda su fuerza en un momento de crisis generalizada — presentado como «catástrofe insuperable» por los ideólogos de la propuesta política única — porque el estado fuerte de la utopía emerge paralelo a la aparición de un *peligro de muerte* para la persona y de *catástrofe* para la sociedad.<sup>5</sup>

### 7. Racionalidad, sentimientos, control normativo y totalitarismo

En una sociedad en situación degradada socialmente, con momentos de gran riesgo colectivo y de excepcionalidad, la tendencia individual y colectiva será de *rechazo* a la racionalidad analítica y de recuperación de lo *simbólicamente profundo*.<sup>6</sup>

Para una dominación que pretende ser hegemónicamente totalizante, es fundamental la proposición a las masas de modelos colectivos que sean internalizados por los individuos para proporcionar los consensos necesarios para su instalación y permanencia. Si hay internalización de conductas (construcción de modelos autoritario-totalizantes) se crea una especie de control *normativo* sobre hombres y sociedad, capaz de generar *conciencias culpables* cuando se falla a la escala de valores propuesta y «aceptada».

3 *Ibid.*

4 Humberto Lagos Schuffeneger, *Crisis de la esperanza, religión y autoritarismo en Chile*, Ed. Presor-Lar, Chile, 1988, p. 19.

5 *Ibid.*

6 Sobre el tema recomiendo leer reflexivamente y profundizar la reacción a nuestra propuesta teórica del Dr. John Cobb Kent, en esta misma publicación.

Esta concepción de la *culpabilidad* implica considerarla *control normativo*, dado que encuentra toda su eficacia en la internalización de la «nueva norma social». En este momento la *culpabilidad* cumple de manera latente una función de reintegración cultural, constituyéndose en mecanismo que asegura la *institucionalización*, es decir, «la generalización de los modelos de comportamiento a nivel del miembro medio del grupo, y la permanencia en el tiempo de esos comportamientos.»

El control normativo que una dominación totalitaria puede establecer sobre la sociedad será más efectivo cuando su autoridad sea *efectivamente valorizada*, y en esta condición se interiorice como *norma del grupo*.<sup>7</sup>

Despertar un fervor popular, que en el caso del evento totalitario linda con el fanatismo, es el esfuerzo del dominador. Pero este *fervor*, «por personal que sea su carácter en el caso concreto de un jefe irresistible, posee en su tendencia y en su contenido normal, un *rasgo objetivo*, es decir, significa fervor por una *causa común*, por un resultado racionalmente perseguido, y no por una persona como tal».<sup>8</sup>

### 8. Poder político y totalitarismo

El poder político depende de la concepción que la racionalidad humana le confiere. Se relaciona con el manejo del poder y el ejercicio de la autoridad. La tentación de la *totalidad del poder* en manos del detentor parcial es históricamente un hecho, con las variables contextuales del caso.

Lo totalitario se presenta en la vida cotidiana como una especie de «refugio de las masas», incapaces éstas de responder a la racionalidad del disenso en el mundo político, y «aterradas» ante la incertidumbre de un futuro que comienza a partir de las carencias presentes (desorden, hambre, explotación, etc.).

Con Hobbes (1651) emerge una noción de totalitarismo que diseña su instrumentalidad para suponerlo capaz de superar las rupturas que provocan miedos, las angustias de lo inseguro en la sociedad. Dice este pensador:

La misión del soberano (sea un monarca o una asamblea) consiste en el fin para el cual fue investido con el soberano poder, que no es otro sino el de procurar la *seguridad del pueblo*; a ello está obligado por la ley de naturaleza, así como a rendir cuenta a Dios, autor de esta ley, y a nadie sino a él.

### 9. Totalitarismo, modernidad y religión

Coinciden los autores en que el fenómeno totalitario es expresión del siglo XX, de un «algo» específicamente moderno, contemporáneo. Surge en sociedades carac-

7 Desde mi punto de vista analítico sociológico, en momentos coyunturales críticos en que se compromete lo simbólicamente profundo, lo micro-normativo (los valores «íntimos» que se relacionan con los sentimientos básicos como familia, vida, muerte, certezas) se impone a lo macro-normativo (las normas legales y sociales generales impuestas y asentadas sin participación popular directa), y por ello *lo racional* será «derrotado» por *lo emocional*.

8 Julien Freund, *Sociología de Max Weber*, Ed. PUF, Francia, 1968, p. 83.

9 Thomas Hobbes, *Leviatán*, citado en J. Fernandois, *op. cit.*, pp. 5 y 11.

terizadas por la masificación, por su contradictorio individualismo, por la imposibilidad humana mayoritaria de adecuadas personalizaciones.

Esta pérdida de sentido de las masas en el lugar cotidiano, se inscribe en la decadencia de las grandes religiones tradicionales y los valores religiosos que antes eran certezas y referentes existenciales.

Carlton J. H. Hayes escribe:

Si alguien pierde la fe en una religión se aferra naturalmente, ya sea consciente o inconscientemente, a otro objeto de devoción. En la crisis actual, en la cual la fe histórica y cristiana de las masas occidentales se ha enfriado, se origina para ellas una especie de vacío religioso. Porque para ellas un vacío tal no es natural, y finalmente llega a ser insoportable, las masas buscan inmediatamente llenarlo con alguna fe.<sup>10</sup>

Este autor llama la atención hacia lo que considera un punto fundamental en la «esencia del comunismo y del nacionalismo de hoy: el elemento básicamente religioso en ambos ... y a los sentimientos esencialmente religiosos a los que se les habla mediante aquél». Afirma, además, que las dictaduras actúan como «sumos sacerdotes de las nuevas y fervientes religiones» y que sus recursos simbólicos son una apelación permanente a las masas.

Hayes logra un cierto resumen de los planteos de diversos teóricos cuando, refiriéndose al tema del totalitarismo en su época y contexto, describe:

La Rusia comunista y la Alemania nazi son estados e iglesias, y no las antiguas y convencionales iglesias, sino que otras más primitivas, llenas de celo misionero. Sus mitologías (ideologías) son nuevas; sus estandartes, ritos y expresiones son nuevos.<sup>11</sup>

Lo observable en el totalitarismo, en la óptica de Hayes, es que constituye una reversión fanática de la historia de Occidente, volcándose contra su ética y su espiritualidad y contra sus modalidades pluralistas en el ejercicio de las soberanías respectivas.

El inmanentismo es una característica fundante de lo que llamamos «civilizaciones modernas», que sistemáticamente se han propuesto «rescatar» lo humano de su dependencia de lo trascendente.

Hay en este propósito inmanentista una negación de lo divino: el «afiebrado» más allá sólo tiene existencia en la imaginación, en la cabeza, del oprimido (Marx). Dios no tiene cabida ni derechos, y aun las decisiones de vida y muerte del prójimo son pretendidas por lo humano. El hombre se arroga derechos absolutos en procesos auto-deificatorios.<sup>12</sup>

10 Carlton J. H. Hayes, *The Novelty of Totalitarianism in the Western Civilization*, citado en J. Fernandois *op. cit.*, p. 19.

11 *Ibid.*, p. 96.

12 La radicalidad del inmanentismo práctico queda expuesta en un proyecto teológico-político que abarca lo «divino» en cuanto mecanismo útil para hacer absoluto un poder humano relativo que se deifica.

## 10. Poder totalitario, individuo y masa

El ser humano se desplaza desde lo incluyente a lo excluyente, desde la dispersión hacia la uniformidad, desde lo plural a la singularidad, a través de medios típicos de los modelos totalitarios (variables dictatoriales, poderes públicos monopolizados, sometimiento de individuos y grupos, procesos de masificación social, poder y violencia como fines en sí, saturación de propaganda, etc.).

Estamos ante un proyecto totalitario cuya coherencia se instala en la oposición a las bases constitutivas del mundo moderno, y que por ello es esencialmente reaccionario. Relacionándolo con el autoritarismo, sostenemos que éste no quita al individuo y a los grupos la posibilidad de participación independiente (aunque relativa), como sucede en el caso totalitario.

En la represión interna a los «enemigos» la *pena de muerte* es el arma predilecta del poder totalitario. La pena, para la conciencia totalitaria, es castigo, sanción, y pierde toda connotación de enmienda, de elemento o medio corrector de conductas desviadas y de recuperación del infractor.

Un Estado totalitario no sólo exige obediencia e incondicionalidad por parte de individuos y masas, sino que se afana en «poseer al sujeto en su totalidad, en cuerpo y alma, y más que nada su alma». <sup>13</sup> «El súbdito no es solamente oprimido, sino también forzado a admitir que ama a sus opresores.» <sup>14</sup>

El síndrome totalitario se perfila en un poder único que legitima el pluralismo institucional «interno»; en una ideología también única, exclusiva y excluyente, más o menos elaborada desde un punto de vista teórico-intelectual, que legitima el poder del sistema y al líder que lo conduce; y en un partido único que canaliza, convoca y dirige el movimiento social dependiente.

## 11. El «tipo ideal» del modelo político totalitario

Los autores Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski proponen en su texto «Dictadura totalitaria» <sup>15</sup> lo característico de las dictaduras totalitarias: aspiraciones milenaristas en una doctrina totalizante de la existencia humana; propuesta de una nueva sociedad; partido de masas bajo conducción del caudillo carismático y organizado jerárquicamente; sistema de dominación fundado en el terror físico o psicológico (control del partido y de su aparato policial); monopolio del poder y de los medios de difusión (prensa, radio, cine, etc.); monopolio de las armas y de su uso; control centralizado y dirección de la economía.

Se puede discordar de la propuesta dicha, pero ésta es por lo menos un intento de construir un «tipo ideal» que sirva de referencia para estudiar el fenómeno totalitario.

Hannah Arendt publicó su libro *Los orígenes del totalitarismo* en 1951, y pocos años después le adicionó el capítulo: «Ideología y terror: una nueva forma de gobier-

13 William Ebeinstein, *El totalitarismo. Nuevas perspectivas*, Buenos Aires, 1965, p. 48.

14 *Ibid.*

15 Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski, *Dictadura totalitaria*, Buenos Aires, 1976, p. 23.



nos», en el que concluye que el totalitarismo necesita, de manera esencial, dominar las conciencias a través de la ideología y el terror. Sostiene que su ideología no explica «lo que es, sino lo que va siendo». <sup>16</sup> [*Ley de la historia*, New York, Meridian Books, 1958; corresponde a la edición revisada y aumentada de su libro, que incorpora el mencionado capítulo].

Un gobernante totalitario adecua la realidad al contenido de su proyecto-propuesta, y esta acción lo lleva inevitablemente al uso del recurso «terror» como mecanismo de imposición sobre las masas. Hannah Arendt dice que lo totalitario necesita del miedo para imponerse:

El terror como la ejecución de la ley del movimiento, cuyo fin último no es el bienestar de los hombres o el interés de uno solo, sino que la fabricación de la humanidad (este terror) elimina a los individuos en favor de la especie, sacrifica a las partes en favor del «todo». <sup>17</sup>

Estamos ante un totalitarismo que *tiende hacia el terror* como práctica cotidiana.

## 12. Rasgos gnósticos en el camino totalitario

El autor Eric Voegelin percibe rasgos gnósticos en las tendencias totalitarias, particularmente cuando las ve «ofrecerse» como medios de salvación inmanentista. Para él un desarrollo del pensamiento que lo proyecte como una *revelación* en un proceso histórico, es herramienta de instrumentalización. <sup>18</sup>

Sostiene este investigador del fenómeno totalitario que:

La especulación gnóstica se impuso a la incertidumbre de la fe mediante el abandono de la trascendencia, dotando del significado de la culminación escatológica al hombre y a su esfuerzo de acción intramundana ... La potencia espiritual del alma, que en el cristianismo debía dedicarse a la santificación de la vida, podía entonces aplicarse a la tarea más atrayente, más tangible y, sobre todo, mucho más fácil, de la creación del paraíso terrestre ... <sup>19</sup>

Para Voegelin, una civilización se mueve entre progreso y decadencia, pero no eternamente. El límite de esta alternancia se logra «...cuando una secta activista que representa la verdad gnóstica organiza la civilización como un imperio bajo su mando».

Es claro que Voegelin no está afirmando que los totalitarios sean gnósticos militantes; lo que él «descubre» se refleja en su afirmación acerca de que «el precio del progreso es la muerte del espíritu». El *develamiento* del misterio del apocalipsis occidental es obra de Nietzsche cuando propone la «muerte de Dios». Aquí, el autor que comentamos dice: «Este asesinato gnóstico se comete constantemente por los hombres que sacrifican a Dios en aras de la civilización.»

16 Hannah Arendt, *Ley de la Historia*, New York, Meridian Books, 1958.

17 *Op. cit.*, pp. 460ss.

18 Eric Voegelin, *Nueva ciencia de la política*, Madrid, 1968, citado en J. Fernandois, *op. cit.*, pp. 81ss.

19 Citado en J. Fernandois, *op. cit.*, p. 8.

Como una lápida, cae la sentencia de Voegelin en su radical y crítica interpretación del hecho totalitario — en una evidente perspectiva religiosa, que ve al totalitarismo como resultado lógico del proceso de secularización — cuando enuncia: «El totalitarismo, entendido como la norma existencial de los activistas gnósticos, es la forma final de la civilización progresista.» <sup>20</sup>

En los rasgos gnósticos del camino totalitario, que no son exclusiva característica de la simbología y práctica del gnosticismo, se destacan sus propósitos de *manipulación del conocimiento*.

La «perversidad» de esta vía inmanentista — y siempre en el contexto de manipulación del conocimiento — reside en su capacidad de presentarse como «ganancia de civilización». «De esta manera ... el gnosticismo liberó las fuerzas humanas en favor de la construcción de una civilización, porque hizo depender de la ferviente aplicación del hombre a la actividad intramundana el premio de la salvación.» <sup>21</sup>

Eric Voegelin denuncia desde su interpretación religiosa, excesivamente globalizante en desmedro de otras aproximaciones explicativas del fenómeno totalitario, que el totalitarismo en la historia humana es vertiente de decadencia social (una especie de profecía de lo decadente, encubierta tras brillantes ropajes simbólicos que ciegan el conocimiento racional, abriendo paso a conductas emocionales que comprometen los sentimientos). <sup>22</sup>

## 13. Algunas propuestas críticas a la «teoría del totalitarismo»

Ciertas observaciones críticas a la teoría del totalitarismo coinciden en afirmar que los regímenes asumidos como «totalitarios» son, muchas veces, antagónicos y no permiten una reacción teórica que los uniforme.

Raymond Aron sostiene esta posición diciendo que en la sociedad industrial siempre está latente la *posibilidad* del desarrollo totalitario de un régimen de partido único. Sin embargo, este teórico coincide con gran parte de las características propuestas por Friedrich y Brzezinski, para definir el totalitarismo (monopolio del poder, ideología única, control de medios de comunicación, control social y económico total, uso del terror, etc.). <sup>23</sup>

Para el marxista dogmático Reinhard Kühnl, «la pregunta inicial debe referirse a los grupos y sistemas sociales legitimados por la teoría del totalitarismo» (se refiere a Alemania Federal e implica a todo el mundo «capitalista»).

Martin Greiffenhagen advierte que al caracterizarse al totalitarismo no se debe obviar, con los debidos cuidados teóricos, a los regímenes que se consideran «auto-

20 Citado en J. Fernandois, *op. cit.*, p. 85.

21 *Ibid.*, pp. 86-87.

22 La percepción de Voegelin sobre «gnosis» no implica un reduccionismo ahistórico. Lo que destaca este autor es la acentuación materialista que el totalitarismo hace del rasgo gnóstico de un «conocimiento manipulado», el que, en nuestra opinión, se inserta en la característica específica del modelo teórico de la *secta religiosa*, al que nos referimos más adelante en este texto.

23 Raymond Aron, *Democratie et totalitarisme*, Francia, 1965, p. 210-216.

ritarios». <sup>24</sup> Sostiene que muchas prácticas de éstos son propias del modelo político totalitario.

Por su parte los utopistas pesimistas (entre ellos Huxley y Orwel) sostienen que el totalitarismo expresa una involución histórica, reaccionaria en tanto que se imbrica en un miedo a la verdadera historia, con sus angustias y rupturas.

La inmanencia del totalitarismo es una forma de religión, que también reclama un camino de fe, medios de salvación y un reino final.

#### 14. Dictadura autoritaria y dictadura totalitaria

Característica de la dictadura totalitaria es su férreo control sobre todos los niveles, estamentos y estructuras de la sociedad sobre la que se impone. Lo económico, lo ético, lo cultural, lo político, lo religioso, los medios de comunicación, etc., dependen y son parte del Estado, según lo concibe la imaginaria absolutizante del totalitarismo en cuanto que proyecto específico.

El totalitarismo, ideológicamente bien estructurado, anhela un control «normal» (sin alteraciones disonantes) de la sociedad sometida. Ideológicamente, por el concepto de totalidad, lo totalitario constituye una especie de «religión política».

Por su parte, la dictadura autoritaria se caracteriza por un pluralismo político limitado y que no altera la conducción centralizada del poder; por carecer de una ideología conductora y elaborada con pretensiones totalizantes; por acentuar ideas de «protección social» contra amenazas «foráneas»; por no interesarle, con obvias excepciones coyunturales, la movilización masiva de la sociedad; por el ejercicio del poder por y para un pequeño grupo de «fieles», generando el control social sobre la base de un ejercicio represivo constante sobre sectores potencialmente desestabilizantes, a los que busca inhibir en sus prácticas.

Estimamos procedente indicar que el análisis del tema «totalitarismos políticos» constituye más que una simple reflexión teórica cuando lo relacionamos con América Latina y las experiencias autoritarias de las dictaduras militares.

La ideología totalitaria constituye la afirmación de una suerte de milenarismo político que cabalga en apocalípticos corceles de cambios radicales, para construir una sociedad definitiva dirigida «hacia el fin de los tiempos».

La propuesta económica totalitaria <sup>25</sup> no acepta micro o macro propuestas competitivas en el universo en que domina. La codicia estatal centralizada, que sacrifica seres humanos y naturaleza, busca construir en la realidad las abstracciones teorizantes que sustentan al proyecto. Esta codicia, en términos de los rasgos totalitarios de un proyecto economicista neo-liberal moderno, se proyecta en la apropiación por unos pocos (que se oponen al control estatal, pero que en el hecho influyen y mandan al Estado en beneficio propio) de la mayor cantidad de trabajo de los explotados.

<sup>24</sup> Martin Greiffenhagen, citado en J. Fernandois, *op. cit.*, p. 62.

<sup>25</sup> Ver sobre el tema el texto reactivo del profesor Renato Espoz: «El totalitarismo de la Economía», que se publica junto con nuestra ponencia.

Estamos ante la cosificación del hombre y de la sociedad, proceso en que ambos son objetos de producción y sujetos de explotación. <sup>26</sup>

### III. Secta y totalitarismo, propuestas para una reflexión

Nuestros análisis, en el marco de una sociología de la religión, nos indican que si bien el hecho totalitario político es difícil de sistematizar en un modelo teórico único, sus rasgos se interpretan con los exhibidos por regímenes autoritarios. En éstos, y particularmente en ciertos «caudillismos» con perfiles dictatoriales, el recurso al hecho religioso se hace práctica habitual, en el intento de subyugar masas.

El verdadero poder de una ideología se gesta cuando logra hacerse aceptar como una fe por las conciencias de los dominados, y nada mejor que sumirse en «alturas meta-sociales indiscutibles» para la crítica racional (aquí se genera una especie de «violencia simbólica». <sup>27</sup>

Propio de una *secta estructurada* (sea política o religiosa) es el afán totalista. Nosotros definimos al grupo sectario como uno exclusivo y excluyente, que afirma ser propietario único de la verdad y de la salvación, y de los medios para alcanzarlas; es dirigido por un líder (o una elite) carismático que argumenta capacidades especiales de excepción y a los fieles sólo les es posible aportar sumisión, obediencia e incondicionalidad (la duda y la crítica constituyen *traición*).

En nuestra lectura del evento totalitario es evidente el *proceso de interpenetración de los campos religioso y político*. Baste mirar el recurso a legitimidades y símbolos religiosos que hacen los «carapintadas» en Argentina, el sesgo de la revolución islámica de Khomeini en Irán, el discurso de Pinochet en Chile, la autorreferencia de Franco «caudillo de España por la gracia de Dios», para concluir que el perfil totalizante de las pinceladas totalitarias pretende refugiar su ilegitimidad tras la *máscara de lo sagrado*.

El culto a la personalidad del líder, la entrega inerme a la autoridad por él representada, la violación síquica (o lavado de cerebro) de las conciencias de las masas, el «orgullo» de la pertenencia a un «grupo superior», el fanatismo de los incondicionales, el castigo como medio de sumisión a través del terror, una ética de coyuntura

<sup>26</sup> La tendencia economicista totalitaria será la primacía del Estado en la conducción de la economía; en el caso autoritario, será la privatización, que finalmente trae como consecuencia un manejo del Estado por pequeños y poderosos grupos económicos, con capacidad de controlar para sí a los estamentos militares «tentados» por la apropiación del poder político, y que son incapaces de advertir que tras las fanfarrias y golpes de estado, ellos son también instrumentos de aquellos.

<sup>27</sup> *Violencia simbólica*: aquella violencia ejercida sin medios materiales pero que perturba gravemente las certezas de los valores de un grupo social, como por ejemplo un discurso ideológico disfrazado de «mensaje cristiano». Es una violencia disimulada tras la máscara de lo «sagrado», pretendiendo carta de ciudadanía «legítima» en la sociedad, en una sociedad en que la *fascinación de lo sagrado* es convocante. Lo totalitario pretende «ofrecer» su violencia en carácter de «purificatriz», proyectándola, disimulándola, al nivel de las legitimaciones indiscutibles, de las que se instalan también en los dominios mágicos de lo divino.



que valoriza sólo lo querido por el sistema, y otras características típicas del modelo sectario, no son ajenas a los modelos políticos totalitarios.

Una de las dificultades que debilitan el absolutismo de lo totalitario es el proceso que llamamos «socialización paralela», y que consiste simplemente en la imposibilidad del caudillo o las elites de impedir que otro tipo de información ajena y desquiciadora horade el muro de la concientización única y excluyente del oficialismo.

#### IV. La tentación totalitaria en el umbral eclesialístico cristiano

La tentación del poder temporal total, asociándose con un modelo totalitario, no es extraña a grupos de iglesias cristianas. En la Alemania de Hitler, el teólogo protestante Paul Althaus, entre otros, en octubre de 1933 sostenía en su texto «La hora alemana de la iglesia» (*Die Deutsche Stunde der Kirche*), que

«Nuestras iglesias evangélicas han saludado el cambio de 1933 como un regalo y como un milagro de Dios.»<sup>28</sup>

El Dr. Eugenio Araya, Rector de la Comunidad Teológica Evangélica (C.T.E.) de Santiago de Chile, comentando la situación del oficialismo religioso en la Alemania de Hitler, afirma: «La idea es crear una iglesia alemana, de raza pura, sin judaísmo, identificar a Alemania con el pueblo elegido y, por ende, el Führer Adolf Hitler como el mesías.»<sup>29</sup>

La intención nazi-totalitaria se expresa tajantemente en una ley eclesialística plena de racismo, y que en parte de su articulado decía: «Quien no sea de ascendencia aria o esté casado con una persona de ascendencia no aria, no puede ser llamado al pastorado o a ser funcionario de la administración general de la iglesia.»<sup>30</sup>

Estos tonos totalitarios relacionados con el interés del líder en dominar y manipular todos los niveles de legitimidades, especialmente el meta-social, han sido práctica corriente, por ejemplo, en el controvertido régimen dictatorial chileno. Muchas producciones discursivas respaldan nuestra afirmación y brevemente citamos algunas. El 13 de diciembre de 1974 el general Pinochet dijo a líderes evangélicos que le expresaban incondicionalidad acrítica en la sede de gobierno: «Ustedes saben que el pueblo oraba por su salvación y que hoy se siente libre y apartado del mal...»<sup>31</sup>

Una somera lectura analítica del texto revela que el síndrome de un mesianismo expreso es de una evidencia aplastante en el lenguaje autorreferente y simbólico, inmerso en pinceladas totalitarias.<sup>32</sup>

28 Eugenio Araya, «Democracia y Evangelio», C.T.E., Rehue, Chile, 1988, pp. 203ss.

29 *Ibid.*, p. 203 y 55

30 *Ibid.*

31 Humberto Lagos y Arturo Chacón, *La religión en las fuerzas armadas y de orden*, Ed. Presor-Lar, Chile, 1987, p. 15.

32 «El lenguaje que domina a la sociedad en su conjunto es el lenguaje religioso. Si esto es así, los lenguajes de otras realidades no se percibirán como autónomos, como poseedores de una racionalidad propia. De aquí que, si esto último es cierto, sólo el lenguaje religioso tendría un sentido

Los líderes evangélicos habían expresado previamente y en el mismo acto al general Pinochet:

El pronunciamiento de las Fuerzas Armadas, en el proceso histórico de nuestro país, fue la respuesta de Dios a las oraciones de todos los creyentes que ven en el marxismo la fuerza satánica de las tinieblas en su máxima expresión.<sup>33</sup>

La similitud entre estas expresiones de algunos sobreideologizados sectores evangélico-protestantes chilenos y las de los evangélicos alemanes que adscribían al proyecto totalitario de Hitler son muy expresivas ... y preocupantes.

También son diversos los obispos católicos que han considerado «milagro de Dios» el golpe de estado de 1973 y que atribuyen a la Virgen María la emergencia de Pinochet en la historia política chilena.<sup>34</sup>

El periódico *Alborada* del Ejército de Chile, número 16, diciembre de 1977, tiene en su portada la fotografía de un soldado armado con metralleta y al que ilumina una estrella davídica (de seis puntas). Al pie de la fotografía, y de manera muy destacada, figura la siguiente leyenda:

Así como una estrella guió a Belén a los reyes del oriente, hoy el soldado de Chile mira el cielo límpido de la patria y escucha en su conciencia el siempre renovado mensaje bíblico: «Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana». (Apocalipsis 22.16)

Lo simbólico se encarna en un proyecto político que reclama origen divino, y se presenta con la textualidad del «mesías», buscando la indiscutibilidad para todas sus prácticas sociales e ideológicas.<sup>35</sup>

#### V. Legitimidad, deificación, totalitarismo y orden simbólico

El intento *deifictorio* del totalitarismo pretende instaurar una dominación, entendiéndola como la capacidad de hacer percibir *valor moral* en las cosas que se escogen. Por referencia a lo sobrenatural el régimen totalitarista hace explícita su afirmación en el sentido de que quien no elige sus propuestas valóricas no tiene valor moral.<sup>36</sup>

articulador de la realidad en que se vive.» Profesor Arturo Chacón y Humberto Lagos, *Religión y proyecto político autoritario*, capítulo sobre milenarismo, Ed. Presor-Lar, Chile, 1987.

33 *Ibid.*, p. 26. Sobre la «satanización» del enemigo, como parte del perfil totalitario-autoritario, ver la reacción del sociólogo Benjamín Núñez, que se publica con nuestra ponencia en este texto.

34 En este capítulo cabría una reflexión, que no hacemos por razones de espacio, sobre las formulaciones autoritarias (que se refugian en significaciones metasociales muy discutibles) en el ejercicio del poder y la conducción eclesialística que «tienta» con frecuencia a evangelistas, obispos, sacerdotes, pastores y líderes religiosos.

35 Nuestra hipótesis de análisis del universo social latinoamericano afirma la existencia de un proceso de *interpenetración* entre los campos religioso y político; sostenemos que en este proceso es el campo religioso el que invade al campo político.

36 La descalificación de Dios imputándosele como «fuente de alienación» es propia de las tendencias inmanentistas, y en Marx lleva a la conclusión que el hombre es el ser supremo del hombre o para el

Proponemos entonces que el *orden simbólico* no es, en el mundo de los hombres, un orden pasivo al servicio de la reproducción social. La producción social no puede ser ligada únicamente a lo que sucede en el dominio económico, puesto que es también el resultado del consenso establecido en torno a un determinado proyecto de sociedad.

Lo simbólico no es un reflejo retardado de lo que sucede en otros campos (económico, político, etc.), sino que es aquello que permite aceptar y construir un proceso nuevo.

Una auténtica relación de autoridad debe implicar *voluntad de obediencia* de los dominados. Esta percepción nos indica una de las razones por las que lo totalitario político se funda en la violencia discriminada como medio de imponer y mantener sus criterios programático-ideológicos.

La dominación totalitaria no puede afirmarse siempre en la debilidad de una *obediencia sumisa*, que implica el riesgo de la desobediencia en el momento en que las condiciones de coyuntura aparezcan.

Aquí, para el régimen totalitario, se instala el problema de la legitimidad de su dominación y su recurso a la simbólica religiosa y de otros tipos (el patriotismo, la lealtad, la obediencia, etc.). El *problema fundamental* es cómo inducir en los dominados la *fe* que transformará la adhesión disciplinada, temerosa y sumisa, en adhesión a *la verdad* que reclama para sí la dominación totalitaria, o que se quiere así.

La tentación totalitaria surge en contextos sociales marcados por profundas crisis de legitimidad. Por su carácter de absoluto, se constituye en un intento de deificación de un poder humano con la pretensión de erguirse en «señor de la vida y la muerte».

## VI. Lo no-totalitario de la fe cristiana

Contra la propuesta de un poder político deificado se alza Jesús el Cristo, siendo particularmente explícito en el asunto del «denario». Esa respuesta enérgica y revolucionaria de «dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César», cuestiona de manera radical la pretensión totalitaria deificado del humano César (poder temporal), sumiéndolo en su condición de «hombre», y expresándole (en nuestra lectura) que el poder político detentado no debe escudarse en reclamos de «divinidad» para negar al hombre su derecho de participar en la organización social y política.

El cuestionamiento de Jesús a César es la acusación del cristianismo a todo poder humano que se deifica, y muy particularmente al poder político. La negativa a la pretensión de divinidad se ubica en el sentido no-totalitario de negar el absoluto reclamado para sí por la temporalidad de lo humano, porque «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Pedro en el libro de Los Hechos).

hombre. En la vertiente de la trascendencia la afirmación del hombre evidencia, o implica, afirmar a Dios, a un Dios que es camino de liberación.

Los cristianos luchamos por el reino de Dios, y éste, aun comenzando en la historia humana, es otro, radicalmente otro, que el reino totalitario del César hambriento de voraces deificaciones.

Simbólicamente, para nosotros, en la teología bíblica el hecho totalitario se expresa en la muerte (el más temido enemigo). La conmoción del apóstol Pablo cuando, en la primera carta a los Corintios, se regocija en la pregunta acerca del «aguijón de la muerte», está revelando la importancia del hecho de que: *la muerte ha perdido su terror*, que ha dejado de ser un absoluto gracias a la resurrección de Jesús. Resucitar es romper la anti-vida, es derrotar los caminos sin retorno.

La fe cristiana es totalizante y, en sustancia, no-totalitaria. La práctica de esta fe es una afirmación de la libertad humana.<sup>37</sup> Y la libertad es esencialmente no-totalitaria, participativa y plural («conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres»).

Pero la *tentación totalitaria* también es demostrada en los relatos bíblicos. En el libro de Génesis, capítulo 3, el *pecado de apropiación* diseñado en el fruto prohibido (el poder total) se expresa en el «comer pervertido» (hacer mío, absolutamente mío, lo creado para ser compartido). Jehová-Dios resiste esta conducta totalitaria.

Jesús es pan de vida, ofrecido a todos para que lo coman libremente. Es el gran desapropiador, el que se entrega a sí mismo por otros en un acto de ternura, de amor, imposible para un ser totalitario.

El enemigo no debe ser amado en la óptica totalitaria; para ella es inaceptable el diálogo con la mujer samaritana (la raza impura); no puede concebir el «no matarás» en sus prácticas de violencia discriminada y arbitraria.

Lo totalizante de la fe cristiana se refiere a que los valores en ella imbricados (p. ej., vida, verdad, justicia, solidaridad, «obediencia a Dios antes que a los hombres», etc.) buscan (no se imponen por la fuerza) servir a los seres humanos en todos los ámbitos de su existencia (incluido el ecológico). Este servicio es el de un Dios creador que se acerca a la historia humana a través del señorío de Jesucristo.

Mientras lo totalitario desconsidera al hombre y lo violenta en su dignidad individual y relacional, lo totalizante de la «buena nueva del evangelio» se expresa a través de medios acordes con sus propósitos de vida, justicia, verdad y participación.

El evento totalitario está marcado por la soberbia de quien pretende disfrazar tras máscara de absoluto aquello que es del nivel de lo relativo. El Jesucristo de la fe cristiana es el *Siervo Sufriente*, el crucificado; es el que sirve hasta morir sin ceder a la tentación de una violencia pueril, relativa y esclavizante.

La cosmovisión del paganismo relatado en el Antiguo Testamento tiene perfiles panteístas y de ella derivan prácticas evidentemente totalitarias. El inmanentismo totalitario moderno retoma, en nuestra opinión, características de esta cosmovisión.

37 Desde una perspectiva filosófica, la noción de libertad indica el espacio en cuyo interior un ser puede moverse y desarrollarse. La forma suprema de la libertad es la que emerge de la imagen del Dios-Creador (su poder infinito actuando en un espacio sin límite).



## VII. Lo totalitario y el mito del ave fénix

Terminamos estas reflexiones en momentos en que las aproximaciones totalitarias se derrumban en América Latina y Europa.

Pero el tentador ronda como «león rugiente» en todos los rincones del hombre, y está al acecho para volver desde sus cenizas.

En la década que termina fuimos testigos, con temor y temblor, de las manos de dictadores estrechadas reverencialmente por distinguidos líderes religiosos que guardaban cómplice silencio acerca de las vidas humanas aniquiladas por esas diestras «siniestras».

Dios es vida y todo lo que atenta contra la vida humana y la de la naturaleza debe repugnar a la conciencia cristiana y llamarnos al arrepentimiento, al «nunca más».

Despedimos estas reflexiones recordando lo que el intelectual griego Nikos Kazantzakis relata sobre Francisco de Asís.<sup>38</sup> Cuenta que el santo conversaba con sus discípulos. Uno le preguntó acerca del hombre, el universo y Dios. El pobre de Asís respondió:

La tierra tiene siete pisos  
y el cielo otros siete;  
y toda la inmensidad  
no puede contener a Dios;  
pero el corazón del hombre  
encierra a Dios entero.  
Entonces, ten cuidado,  
no hieras el corazón del hombre  
porque podrías herir a Dios.

38 Humberto Lagos, *Comprometidos con Cristo*, Casa Bautista de Publicaciones, Buenos Aires, 1973.

## Una perspectiva filosófica del totalitarismo

John Cobb Kent

Ningún filósofo puede hablar en nombre de la filosofía: existen demasiadas escuelas incompatibles. Las que pretenden ser deductivas tienden a ver todo a través de su colador preferido y suelen ser demasiado dogmáticas para aportar constructivamente al debate interdisciplinario. Por lo tanto, he escogido la herramienta de la filosofía analítica contemporánea.<sup>1</sup> Esta se interesa por la «lógica interna» de un discurso determinado y, por ende, facilita el diálogo. Esta «filosofía nueva», si es que no se remonta a Sócrates y la mayéutica, me permite reaccionar a la ponencia del Dr. Humberto Lagos sin optar primero por un marco de referencia determinado.

### Dos observaciones generales

1. La filosofía analítica<sup>2</sup> será siempre el enemigo de cualquier sistema absolutista, ya que se niega terminantemente a entregarle su lealtad incondicional.

2. Uno de los problemas específicos del totalitarismo es la validación de su ideología. Si no procede de afuera del sistema, cae ante el criterio popperiano de la «falsabilidad» como línea de demarcación entre las hipótesis genuinas con contenido y los «sinsentidos». Pero, al permitir la validación externa, deja de ser totalitario. Habrá entonces que solucionar cuestiones epistemológicas de fondo. Dicho esto, debemos recordar que aun los filósofos se equivocan de vez en cuando. Después de visitar a Rusia en 1922, Bertrand Russell escribió del bolchevismo: «La aproximación más cercana no es ningún paralelo en la historia actual sino la *República* de Platón.»<sup>3</sup> Efectivamente, hay una congruencia horripilante entre la epistemología y la sociología platónicas.

1 Esta opción no es solamente cuestión de conveniencia. Aunque la filosofía lingüística tenía fama de ser destructiva y, a veces, un juego de salón intelectual, creo que es capaz de aportar muy constructivamente a la resolución de problemas reales y de peso, y propongo argüir el caso en otra oportunidad.

2 Me habría gustado decir «la filosofía», pero el fantasma de Hegel anda detrás; véase el cap. 12 de *La sociedad abierta y sus enemigos* de Karl Popper.

3 *Practice and Theory of Bolshevism*